

Performance: “La nación que es nación por los muertos”.

“Continuar una política de fracasos con efectos multiplicadores e insistir en ella, expresa la tautología constitutiva de la guerra de las drogas: el fin mismo de la llamada guerra parece ser el mantenerla”.¹

Apoyaré el siguiente texto en autores en los que encuentro la fuerza para comenzar mi discurso. El constante debate entre lo que es y no es arte parece seguir la misma línea de lo que implica el narcotráfico ¿es sólo el consumo de drogas? Ambos temas plantean si son, sólo en medida de estar en el objeto, en su ser-cosa; pero el peligro que se corre al cosificar las actividades es concederle a una economía el poder de mercantilizarlas, sin embargo, tanto la droga como el arte son más que sus elementos formales, no son nada más su materialidad sino primordialmente el modo en que son activadas por ciertas prácticas que a su vez, interactúan en redes de pensamiento, en un tejido que enuncia o visibiliza algún sentido colectivo, alguna dinámica social de lo que podría ser trastornos civilizatorios derivados de la dicotomía “razón/sin-razón” permitido y no, o en otro caso “el momento destructivo de la dialéctica, (que) no deja intacto ni uno de los aparatos culturales y (debe) violar todas las esquematizaciones binarias por medio de las cuales se ha valorizado la cultura burguesa”² haciendo de “su designio perturbar epistemologías y prácticas”³. Quiero señalar dos perspectivas de la *función estética*, primero de qué manera el arte y la droga forman parte de las condiciones de funcionamiento del sistema de Estado (parafraseando a Foucault) en medida que son vigilados, controlados, seguidos, castigados y reformados por “la técnica y en el procedimiento mismo de la exclusión”⁴ y segundo, la función histórica del arte, como condición del espacio que permite pensar la realidad de forma diferente a la legitimada encontrando “entre las funciones sociales del arte...establecer un equilibrio entre el hombre y el sistema de aparatos”⁵.

En un modelo republicano, el arte o la droga, estarían prácticamente expulsados del “Estado ideal, o al menos sometido(s) a un control casi policiaco desde el punto de vista de la utilidad que (se) tiene para el orden estatal”⁶. Sin embargo, el capitalismo actual usa técnicas para beneficiarse económicamente al mismo tiempo que inserta al arte y la droga en una alerta máxima que logra el despliegue judicial preocupado por la seguridad nacional. Ahora bien, hablar del arte y de la droga en términos de tecnología o de maneras de operar, conduce a una dialéctica entre “táctica y estrategia” de fenómenos culturales e históricos en los cuales un individuo reconoce modos de actuar sobre sí mismo y sobre los demás. El arte y el individuo en el que se encuentra, son atravesados por formas particulares de dominación o por normas, que mediante la enmarcación de algo, lo estabilizan al colocarle límites que definen hasta dónde eso es y a partir de dónde deja de serlo. Sin embargo, en la actualidad la tensión entre la norma y su violación, son una constante.

¹ Astorga, Luis. El siglo de las drogas. El narcotráfico, del porfiriato al nuevo milenio. P. 180

² Buck Morss, Susan. Walter Benjamin escritor revolucionario. P. 18

³ Medina, Cuauhtémoc. ¿De qué otra cosa podríamos hablar? P. 25

⁴ Foucault, Michel. Curso del 14 de enero de 1976. P. 146

⁵ Benjamin, Walter. La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica. P. 84

⁶ Mukarovsky, Jan. Escritos de Estética y Semiótica del Arte. P. 122

Quiero referirme y usar las palabras de una artista a la cual admiro, Tania Bruguera sitúa su trabajo en “un balance entre lo político y lo artístico, uno donde (se) puede preguntar si utiliz(a) la política para hacer arte, pero igualmente, si utiliz(a) el arte para hacer política”. Desde la visión benjaminiana me interesa aquí resaltar dos enfoques: “1) Por un lado tenemos el arte que legitima la “estetización de la política”, o sea, el arte puesto al servicio del sistema de aparatos del Estado o del capital, que se asienta en la tradición occidental-burguesa y en el principio de exclusión que aboga implícitamente o explícitamente... y 2) por el lado contrario, tenemos el arte político propiamente... la “politización del arte” que se da -o ha de darse- en contra del goce estético. (Siendo) la tarea del arte político publicitar lo estético, hacer de dominio público aquellos tipos de experiencias que una clase en el poder había atesorado para sí misma”⁷. Trabajar la “politización del arte” es partir de “las maneras en las cuales el arte se aplica a la vida política cotidiana, no sólo como un dispositivo de auto-reflexión sino como una manera de generar e instalar modelos de interacción social... no sólo se negocia con el público en términos de la democratización (del arte) o que éste (sea quien) complete el trabajo sino que en algunos casos la obra es... el público”. Lo que se construye de este modo es “un arte que trabaja con la conducta social como su medio de expresión, como su material (y) como su finalidad. Un arte como construcción de lo colectivo, (que crea) una situación que (hace) posible que el público se transforme en ciudadano”⁸.

Las críticas y las reacciones a mi performance “La nación que es nación por los muertos” exhibió al arte como envoltorio de un sistema de derecho, dejó ver hasta qué punto y confusión el arte se tergiversa en un aparato de Estado que con implicaciones ideológicas es enjuiciado a través de códigos de ética y estándares de moral. Al asomarse opiniones nacionalistas, el veredicto de la acción fue casi la profanación de la patria. No obstante, quiero aclarar que ni por mi palabra y mucho menos por mi mano he matado, que nadie ha muerto a causa mía, que yo no soy culpable de las 40 000 víctimas, ni de los 10 000 desaparecidos de la guerra que ha sido emprendida y sin embargo, me siento agredida por estas cifras; me apropio la muerte o la ausencia de estas personas aunque no las haya conocido porque me solidarizo con ellas.

El punto no es el “aura” del arte sino el “shock” que se basa en el reconocimiento de la no-identidad, la prioridad es la “politización del arte”, un arte que mediante la ruptura provoque el shock en la experiencia estética o en su función. Si tanto el arte como la norma están ahí para ser la “antinomía” de ellos mismos ¿qué juicio podría ser tan necio como para no enjuiciarse a sí mismo? La idea que se desprende es colocar al arte de forma que éste sea un “motor social”. La discusión creo yo, está más allá de la bandera como elemento artístico y aunque la bandera, la droga, el arte, las bases militares, etc. son ya un asunto político, lo que está en juego son “nuevos esquemas de politización” el des-hacer y el re-hacer espacios, potenciar el flujo, no someter al arte o a la sociedad a un proyecto político o encadenarlos a un fin, sino dejarles ser líneas de fuga, plataforma de redes que cambian de sentido; el espacio para la elaboración, para la producción, para el desplazamiento, para la reivindicación de lo político o lo estético, sin que esto llegue nunca a concluir, revoluciones de ambos, sensaciones de shock. Porque al fin y al cabo “la lucha antidrogas (o la inauguración de bases militares son) un pretexto para reforzar la represión social

⁷ Moreno, Cuitláhuac. La obra de arte en Benjamin y en Heidegger. Arte político y revolución. P. 6.

⁸ <http://esferapublica.org/nfblog/?p=5211>

(como) cuadrículas policiales, además de (exaltar) al hombre normal, racional, consciente (y sobre todo) adaptado... Se mantiene el terror del criminal (para) agita(r) la amenaza de lo monstruoso (y) reforzar la ideología de bien y mal, de lo permitido y lo prohibido”⁹. No obstante, “Se <<ficciona>> historia a partir de una realidad política que la hace verdadera, se <<ficciona>> una política que no existe todavía a partir de una realidad histórica”¹⁰, porque “el pensamiento piensa su propia historia pero para liberarse de lo que piensa y poder finalmente pensar de otra forma”¹¹

Atte.

Rizoma

⁹ Foucault, Michel. Más allá del Bien y del Mal. P. 38

¹⁰ Ibídem. p. 162

¹¹ Deleuze, Gilles. *Foucault*. p. 155